

LA OPINION

DIARIO DE LA MAÑANA

Suscripción

En Lorca, mes. una peseta
Fuera, trimestre. cuatro »

DIRECTOR

Francisco Carrasco Ruiz

Anuncios

y comunicados á precios convencionales.
Administración e imprenta: Corredera, 46

Más sobre el Obispo belga

Sr. Director de LA OPINION.

Mi distinguido amigo: Epigrafiándolo en letras bien gruesas y con esa elevada intención demostrada en todo momento por «La Tarde de Lorca», cuando discute, se ocupa de nuevo dicho periódico, en su número de ayer, del por más de un concepto famosísimo asunto «El Obispo belga».

«Heraldo» y «El Liberal» de Madrid, dieron la noticia de haber sido detenido en Zaragoza *un fresco* que se titulaba Obispo de Nomoars (por algo lo dirían así), á quien reclamaban los Tribunales de Justicia de la Corte. Un ligero comentario de LA OPINION, sobre tal hecho, fué causa de que se concitaran las iras de «La Tarde» suponiendo que *neclamente* habíase confundido al extranjero de Zaragoza con el que no ha mucho tiempo en Lorca nos visitara. Quedamos todos envueltos en el número infinito de que nos hablaba. Nada se le contestó: ciertos clamores no podían llegar al cielo ni á ninguna parte.

Ahora la duda se dispó; el error desaparece. El detenido en la capital aragonesa es cabalmente el mismo señor que se bebió unos chatos de Montilla en el colmado de la calle de Espartero, aquel á quien tanto vilipendiamos sin serio motivo que lo justificara.

Media la diferencia única, de que ya no se trata de un Obispo de Bélgica (gracias á Dios) como en Lorca así mismo se llamó incluso ante los agentes de policía, según éstos afirmaron, ni de un empleado ó dependiente de la actual compañía ferroviaria del Sur, como también así lo dijo á personas merecedoras del mayor crédito, sino solamente de un *Abad mitrado* de cierta orden polonesa, aunque *un tantico jovial*. ¡No fué pequeña la jovialidad que derrochó en Lorca el buen señor, sin duda para dulcificar la pena por la muerte de su padre, de su hermano y de su hermana monja!...

También nosotros somos poseedores de una carta, precisamente escrita desde la ciudad del Ebro, en la que se nos habla del particular. Tengo sumo gusto en transcribir algunos párrafos de ella. Dicen así:

«Según mis gestiones hechas, he podido averiguar que el individuo de referencia debe ser el mismo que estuvo en esa. Como señas personales le indicaré que es de estatura baja,

de 32 años, con melena rubia tirada atrás y anillo dorado grande en el dedo: sus hábitos llevan vivos encarnados en los bordes de la capa y usa lentes.

Aquí fué detenido por la policía por tenerlo reclamado el Juzgado del Distrito de la Universidad de Madrid, á cuya disposición ingresó en esta Cárcel.

Le seguía de cerca también en Madrid, la policía y se revolvió contra ella huyendo y desapareciendo de la capital. Se llama Jhon Tanrowchi, natural de Varsovia, que había vivido en Bélgica y se titulaba Abad. (No dice esta carta nada de honores mirrados).

Quiso decir aquí una misa en Santa Engracia y el Párroco no se lo consintió por no presentar documentos que le exigía. En la jefatura de policía lo tienen fichado nada más y por eso no le remito la fotografía que desea».

Pero me pregunto yo ¿qué clase de Abad es éste que no exhibe al Párroco de Santa Engracia la documentación canónica debida para poder realizar el acto sagrado que pretendía?

Por otra parte, ¿á quién se le ocurre ordenar la detención y detener de hecho á un *Abad mitrado* que ningún delito cometió? Creo estaremos conformes en que el haber significado sus simpatías y cariños por cualquier nación beligerante, no podía ser suficiente y jurídica razón para procesarle ni encarcelarlo. ¡Buena campanada me temo se haya dado!

Es donosa, por demás, la manera con que se quiere desviar esta cuestión. Nosotros no hemos debatido, y ahí están nuestros comunicados que lo corroboran, si el sujeto de que tratamos era ó no Abad de tal ó cual orden religiosa, ni si de origen flamenco, polaco ó francés, pues, nos tenía, y sigue teniéndonos, completamente sin cuidado.

Para rechazar injuriosos conceptos de «La Tarde», que de lleno venían á caer sobre personas que algún respeto merecían, juzgando serenamente los actos inusitados de ese señor negamos con la más íntima convicción, que fuese como se titulaba un Obispo de la Nación belga. Los hechos después nos dieron la razón y esto nos basta.

Por lo demás, la conducta de ese polaco en Lorca, cualquiera que fuese su gerarquía, justificaría siempre el rumor del pueblo y las censuras que se le dirigieron, pues la más hermo

sa y delicada de las virtudes es la del buen ejemplo y cuando éste falta determinados respetos huelgan, para quien á su vez no sabe ó no quiere tenerlos.

Aunque el tema va muy gastado, es probable que se nos presente ocasión de decir algo todavía que ofrezca verdadera novedad. En el interin quedo saboreando el aticismo de lenguaje y pulcra corrección que en sus alusiones hacia nosotros emplea el culto diario de la calle del Padre Carlón.

Mil perdones, Sr. Director, por este abuso de sus bondades y es muy suyo afmo.

S. Li.

23 Marzo 1916.

Electores: rechazad las indignas coacciones que se intentan cometer con vosotros, por los desaprensivos de la política; por los que os esquilmaron con sus tributaciones; por los que abusan de vuestra ignorancia, explotandoos constantemente, como está ocurriendo ahora en la cuestión quintas.

Despertad y demostrad que sois hombres.

En la ciudad muerta

Mi casa

En esta ciudad, no es triste mi caserón solariego. El sol, ha puesto en sus piedras un color amarillento, y bajo el cielo tan gris, rodeado de silencio, este caserón, parece un melancólico abuelo.

Yo adoro el dulce reposo de este viejo compañero, que guarda una remembranza de las cosas que se fueron. ¡Y cómo pasan los años sobre este amigo tan viejo! En sus salones, aún viven mis románticos abuelos; y están graves, pensativos, avellanados y secos, en unos lienzos antiguos, dentro de unos marcos negros... Y todo huele á tristeza...

¡Inútiles tratos viejos que con amor conservamos por que guardan un recuerdo; los pesados cortinajes

ráidos y polvorientos;

los retratos desteñidos

que besamos en secreto;

y hasta las mismas arañas

que anidaron en sus techos,

tiener no se qué tristeza

de cosas que ya se fueron,

que nos deja pensativos

con nuestro propio silencio...

Cuando el sol besa sus piedras,

tiene un estremecimiento

de amor, y abre las pupilas

de sus balcones severos,

y el sol, va llegando al alma

de sus salones desiertos...

¡Y como entonces, gozoso,

se remoja este buen viejo!

En el otoño, los días

lluviosos y cenicientos,

ponen á mi viejo amigo

melancólico y enfermo.

Y bajo el cielo tan gris,

rodeado de silencio,

este valedurario

espera nuestro regreso...

M. GIMENO CASTELLAR

El himno nacional de Montenegro

El moderno himno nacional de los hijos de los montes negros, concuerda casi por completo con el himno italiano á Garibaldi. Un periódico italiano cuenta en los siguientes términos la historia del origen del mencionado himno:

Al estallar, en el año 1877, la guerra ruso turca, tomaron también parte en ella los montenegrinos, y el país deseaba tener un canto nacional «popular», para animar á las tropas que iban á terciar en la lucha. El rey, entonces tan sólo príncipe de Montenegro, compuso el texto del himno, dando cumplida expresión al entusiasmo del pueblo. Pero en vista de que el país no contaba con músico alguno, el príncipe Nicolás se dirigió al prior de un convento cerca de Cetinia. Este, á su vez, no tenía grandes aptitudes para la música, y por lo tanto, reflexionando acerca del encargo del soberano recordó la profunda impresión que, en un viaje por talia, le había hecho el himno del Garibaldi.

No ocurriéndole cosa mejor, el prior se decidió á adoptar á éste la poesía del soberano. Alteró un poco la música, según las necesidades de la versificación, añadiendo aquí, recortando allá, empleando para el final un antiguo canto popular del país y dnado á toda la composición el carácter solemne y melancólico de los cantos orientales.

Concepción Plazas Torroglosa,

excelente modista, pasa á domicilio, si así lo desean las clientes. Darán razón Carril de Gracia, 76.